

Revista el Hoy
N° 613 de 20 de Noviembre 1918.

La palabra revolución ha corrido en México una suerte singular. Desde hace tres décadas tomó ecos de estribillo oficial, y en su nombre, santificado, talismánico, se vertieron, cual en Tonel de las Danaides, todos los motivos nacionales, todos los porqués patrióticos.

Y, empero, dado el sentido que aquí concedemos al vocablo —para un nuevo diccionario de acepciones mexicanistas— la Revolución no es revolución. Es algo ampuloso y un poco esotérico, sobrecargado de adornos, como un edificio churrigueresco. Algo en que el lingüista, el gramático o el logólogo, ya no pueden reconocer al vocablo primitivo.

En las palabras, como en las estructuras arquitectónicas, es posible el exceso ornamental, la fantasía desmedida en el sentido lato. Los ladrillos conceptuales de la revolución, si hemos de atenernos a lo que nos enseña el Derecho Político, son siempre —deben ser siempre— los mismos, de modo de dar al espasmo colectivo así bautizado una fisonomía igual a sí propia, cualquiera que sea la latitud y el clima social en que el fenómeno se produzca. La revolución como movimiento biológico, es idéntica en China o en Rusia, en Francia o en Grecia, en Flandes o en la India.

Sólo aquí, en México, el artista don José Churriguera parece haber influenciado de tan loco modo nuestro antojo lingüístico, que nos hizo caer en amaneramiento de mal gusto al colgarle a la revolución aretes extravagantes, al deformarle la cara con retorcidos rasgos y prominencias apendiculares, que más que revolución se antoja un bibelot rococó, o un raro mamotreto, pretencioso pero inútil.

DISTINGAMOS ENTRE EL CAMBIO POLITICO Y EL GESTO POPULAR

En prevención de que el lector husmee una malintencionada ligereza en los anteriores tropos (de alguna manera he de llamarlos), quizá convendría discutir aunque sea a volandas, lo que es la revolución.

Si vamos en busca de una definición, conforme a la Sociología o al Derecho Público, hallaremos que todos coinciden en entenderla más o menos en estos términos: "Cambio radical y repentino de las instituciones fundamentales del Estado o de la sociedad, que se produce por el pueblo, valiéndose de la fuerza".

Martí Jara, ilustre publicista, escribe: "No puede negarse a las revoluciones que son formas de la mecánica social y de las más eficaces en la producción de las grandes transformaciones estructurales de los pueblos". Spencer agrega: "La revolución se presenta en la vida del Derecho como un impulso acelerador de la evolución normal".

Otro famoso erudito en estos gajes, Duguit, epiloga: "Toda revolución política sin contenido social, es absurda. No merece el nombre de revolución". Y yo agrego, en colorario, que para tal clase de "revolución" —la carente de realizaciones evolutivas en el conglomerado colectivo— todos los escritores clásicos de la más pura ortodoxia comulgan en llamarla pronunciamiento o sedición, o asonada o rebelión, o, tal vez, sublevación, pero nunca revolución.

La guerra civil o el golpe de Estado son productos violentos de una mera destemplanza política, o de un desequilibrio de fuerzas orgánicas parciales. Pero una cosa es derrocar a un gobierno —sea ello por causas justas y saludables, o torvas y patológicas— y otra muy distinta remediar un mal cívico crónico, o manumitir, o dar un paso agresivo dentro del progreso, que tal es, en esencia, la revolución.

La Historia está plagada de esas pseudo-revoluciones, de extracción política pura, en las que apenas se cambia de personas, no de

instituciones. Comenzando por el asesinato de Nadab, en manos de Baesa, allá por el año 955 antes de Jesucristo, y acabando con cualquiera de los alzados insurgentes en nuestros helicosos hermanos de raza, la trayectoria histórica de todos los pueblos está acribillada de esos impactos de ambición, crueldad y usurpación.

DERROCAR A UN TIRANO NO ES REVOLUCIONAR

En Rusia, por ejemplo, la revolución de febrero se proponía tan sólo el cambio de régimen político: Sustituir la autocracia de los zares por una república federal. Los *tchinovniki*, tiranos del zarismo, apenas protestaron por ello. Pero vino la revolución de octubre, que pretendía nada menos que trastocar el estado social de Rusia, y tal movimiento fué acogido por los 130,000 nobles moscovitas con rabiosa repulsión.

La mal llamada revolución política sirve apenas, en ocasiones, para desbrozar el camino de la verdadera revolución popular. Cuando un impulso rebelde se queda tan sólo en el cambio de Estado, tal suceso podrá resultar laudable, si fué inspirado en la justicia, pero deviene en ridículo si pretende arrogarse trascendencias históricas.

Sólo ha habido, en mi concepto, dos grandes y verídicas revoluciones: Una, la de 1789, en Francia, que transformó la vida social y colectiva, en todos los órdenes —desde el político, hasta el económico y moral—; otra, la rusa de 1917, que, equivocada o recta, creó un nuevo orden y una ideología distinta, no sólo en Rusia, sino en los más lejanos ámbitos del mundo.

Porque hay una sima espiritual entre el paganismo de Virgilio, que cantaba: "Comamos y bebamos", y el neopaganismo del siglo XIX que grita por boca de Ruskin: "Comamos y bebamos todos, no algunos solamente".

La primera revolución democrática, revolución verdadera, aconteció en Atenas, el año 1045 a. de J. C., cuando al ser destronado Códoro se abolió la monarquía. Nuestros revolucionarios "destronaron" a don Porfirio, pero ¿abolieron sus procedimientos? La burla al sufragio del pueblo continuó, después de 1910, tan floreciente como antes de 1910. Ya por este solo rasgo empieza la duda en el enjuiciamiento de la validez de nuestro desplante diz que revolucionario.

¿FUE EL PUEBLO MEXICANO EL QUE HIZO LA "REVOLUCION"?

Si es condición *sine qua non* al espasmo revolucionario que sea el pueblo quien lo produzca, examinemos, despojándonos cuanto nos sea posible de pasión, lo acontecido desde la forzada renuncia del general Díaz en adelante.

El pueblo, el verdadero pueblo (el compuesto por la masa no política, ni oficial, ni militante, ni facciosa, de México) fué siempre espectador, cuando no víctima, en las diversas etapas de la vorágine armada. Desde el ejército maderista responsable directo de la caída de don Porfirio, hasta el constitucionalista, pasando por todas las otras porciones acaudilladas por los principales jefes revolucionarios, estuvieron primados por soldados de leva primero; luego por rancheros amantes de aventura y amigos de "la bola", y después por toda suerte de sujetos reclutados entre todas las clases sociales, pero con el distintivo común de la ignorancia en los motivos de su soliviantamiento. Eran los jefes, si acaso, quienes comulgaban en un ideal y podían traducir a razones concretas y claras el porqué de su rebelión. Para los demás, el afiliarse a Villa o Carranza, a Obregón o Zapata, era apenas el buen pretexto para entrar en el san-

griento torbellino, del que siempre hay modo de extraer placer y ventaja si se es joven, agresivo, y un tanto cuanto salvaje.

Nunca, ni aun sumando los contendientes de ambos bandos, hubo más de un cuarto de millón de hombres en pie de guerra. Considerando que la población del país subía, por entonces, a unos 16 millones, quedaban aún cerca de cuatro millones de hombres en edad militar que se abstuvieron de empuñar las armas. Nunca, tampoco, vimos en México a una multitud de ambos sexos, armada de palos y piedras, cuchillos, de cocina e instrumentos de labranza, lanzarse al asalto de ninguna Bastilla, simbólica de opresiones y tiranías. Las mujeres, los niños, los ancianos, no sólo no fueron partes activas en la tragedia, sino que resultaron corderos degollados por los vándalos.

Y si fué una flagrante minoría de los ciudadanos mexicanos la que hizo la revolución; si esta minoría no mostróse empujada al zafarrancho por ningún anhelo altruista ni ideal patriótico, sino simplemente por el instinto desordenado y cruento ¿cómo podremos, lógicamente, calificar de revolución a nuestra agitada aventura política, cuyo aniversario nos disponemos ahora a conmemorar?

SEAMOS SINCEROS SIN ENMIENDAS AL IDIOMA

El pronunciamiento del señor Madero tuvo las características de un golpe de Estado, en el cual sólo importaba, por lo pronto, derrocar al gobierno constituido. El "Sufragio Efectivo, No Reelección" resulta precioso documento para probar el alcance de los ideales que inspiraban al insurgente y sus afiliados. Lo que vino después, fué disputa fratricida —enconada, interminable—, por asir las riendas del poder vacante, no levantado deseo altruista. El agrarismo surgió, como clavo ardiendo, ya en pleno curso de la lucha, y a él se agarraron desesperadamente aquellos cuya inteligencia y cultura les pedía un motivo alto en el cual justificar ante la Historia su conducta. Que el agrarismo no fué, en realidad, la noble bandera de nuestra "revolución", lo demuestran los ulteriores acontecimientos. El reparto de tierras, llevado a cabo por teorizante inercia y como secuela postiza de la sangrienta aventura, no ha sacado al campesino de su condición de paria ni ha modificado un ápice los vicios ancestrales que mantienen ignorante, miserable y enteca a la clase humilde.

La vida mexicana sigue el mismo curso desmayado y jadeante. El paso evolutivo inmanente a todo gesto revolucionario todavía no se hace sentir, ni en la masa ni el Estado que la guía, al cabo de 38 años de iniciado el fenómeno. Para no resultar demasiado exigentes, acaso nos contentaríamos con transformaciones, ya no radicales, pero siquiera perceptibles en la real situación del organismo político y la muchedumbre ciudadana, a fin de admitir que "aquello" pueda ser llamado revolución.

Todo parece confirmarnos que a lo único que aspiraba el ex abrupto que tanto nos empeñamos en calificar de revolucionario, era a la mutación de personas, no de sistemas.

¿Por qué no ser, pues, sinceros, remitiéndonos modestamente a la estricta significación idiomática? Si se considera digno de conmemoración y alegría nacional el fin cruento de la dictadura porfiriana, bien está que así sea, y que se echen a vuelo las campanas, y se desplieguen festejos y paradas. Pero que cese el estribillo "revolución", "revolucionario", neoclonosete cuyos ecos, todos los días multiplicados, se antojan sarcasmo incisivo a la conciencia del pueblo.